

## XLV.

Un cielo gris y monótono,  
La ciudad siempre severa,  
Siempre mirando el torcido  
E inquieto curso del Elba.

Largas narices, que ahora,  
Cual siempre, aburridas suenan,  
Y que hipócritas se inclinan  
Humildes hacia la tierra,  
O se hinchan presuntuosas  
Con gravedad altanera.

¡Oh costas del Mediodía!  
¡Cuánto vuestra hermosa tierra,  
Vuestro cielo, y de ese cielo  
Las divinidades bellas  
Adoro, después que han vuelto  
A ver mis ojos, con pena,  
Estos hombres que me espantan,  
Y este clima que me hiela!

## HOJAS CAÍDAS.

HOLAS CAIDAS

---

LA BARCA.

¡Carcajadas y canciones!  
Los rayos del claro sol  
Sobre las aguas derraman  
Su sonriente fulgor:  
Alegre barca las ondas  
Mecen con su oscilación;  
Con mis amigos mejores  
Sentado en ella voy yo.

Choca la barca, deshecha  
En mil trozos por el mar.  
Eran malos nadadores  
Mis amigos, por su mal,  
Y en las rocas de la patria  
Se vinieron á estrellar.  
A mí á los bordes del Sena  
Me llevó la tempestad.

Otra vez los mares cruzo  
 Sobre nueva embarcación:  
 Nuevos amigos contemplo  
 Girar á mi alrededor:  
 De extraños mares me arrulla  
 La melancólica voz.  
 ¡Qué lejos está mi patria!  
 ¡Qué triste mi corazón!

¡Canción nueva, y nuevas risas!  
 Silba el viento con afán:  
 Cruje herido el maderamen,  
 Que bate iracundo el mar.  
 Ya el postrer astro en el cielo  
 Extinguió su claridad.  
 ¡Qué triste que está mi pecho!  
 ¡Qué lejos mi patria está!

## LA DIANA

Bate sin miedo el tambor,  
 Y abraza á la cantinera:  
 He aquí la ciencia entera;  
 Esta, del libro mejor,  
 Es la acepción verdadera.

Que de tu tambor el ruido  
 Despierte al mundo dormido:  
 Toca con ardor diana.  
 ¡Adelante, siempre erguido!  
 Es la ciencia soberana.

De Hegel es el profundo  
 Sentido más acabado;  
 Lo aprendí, y está probado:  
 Soy un muchacho de mundo,  
 Y un tambor aprovechado.

## LOS TEJEDORES DE SILESIA.

Silenciosos, sin fe, no brilla el llanto  
De aquellos hombres en los ojos secos.  
Crujen sus dientes, fúnebres canciones  
Ante el telar sentados van diciendo:  
«Vieja Alemania, tu sudario helado  
Ya tejen en la sombra nuestros dedos,  
Y en el tejido vil, los labios mezclan  
De maldición y cólera los ecos.

¡Tejemos! ¡Tejemos!

«Maldito sea el Dios de los dichosos,  
Al que elevamos míseros acentos,  
Del hambre horrible en los eternos días  
Y en las heladas noches del invierno:  
En vano en su piedad la fe pusimos;  
Él nos vendió, burlados: ¡pobres necios!

¡Tejemos! ¡Tejemos!

«Maldito sea el rey, el rey del rico,

Al cual en vano, de amargura llenos,  
Misericordia y compasión pedimos:  
De nuestra bolsa ruin el postrer sueldo  
Él arrancó con avidez, y ahora  
Ametrallarnos hace como á perros.

¡Tejemos! ¡Tejemos!

«Maldita nuestra patria también sea,  
Nuestra patria alemana, donde el cielo  
Cubre tan sólo oprobio, mal é infamias,  
Donde, al abrir sus pétalos al viento,  
Se marchita la flor, y sólo viven  
La laceria, el engaño, el vilipendio.

¡Tejemos! ¡Tejemos!

«La lanzadera vuela, el telar cruje;  
Días y noches sin cesar tejemos.  
Vieja Alemania, tu sudario helado  
Ya tejen en la sombra nuestros dedos,  
Y mezclan nuestros labios al tejido,  
De maldición y cólera los ecos.

¡Tejemos! ¡Tejemos!»

## CON MOTIVO DE LA LLEGADA

DE UN AMIGO.

—Oh, amigo mío, el de las largas piernas,  
 El de las largas piernas de progreso.  
 ¿Por qué á París tan azorado vienes?  
 ¿Qué hay tras el Rhin de nuevo?  
 ¿Ha sonado por fin en nuestra patria  
 De libertad el salvador acento?

—Todo va á maravilla: en nuestra patria  
 Hay paz fecunda, bendición del cielo;  
 Y Alemania, con pie firme y seguro,  
 Con pacíficos medios,  
 En lo exterior y en lo interior su vida,  
 Poco á poco, con calma, va extendiendo.

Prósperos somos, sí; no lá de Francia  
 Prosperidad superficial tenemos,  
 Donde la libertad va destrozando  
 El exterior progreso:

Su libertad el alemán no lleva  
 Sino de su alma en los profundos senos:

Ya acabóse la iglesia de Colonia;  
 De Hohenzollern al linaje excelso  
 Debemos tal merced; Halzbourgo un poco  
 Contribuyó á tal hecho,  
 Y un rey de Wittelsbach fué el encargado  
 De hacer pintar los vidrios con esmero.

Leyes, constitución y libertades,  
 Con palabra del Rey nos prometieron,  
 Y del Rey la palabra soberana  
 Joya es de tanto precio,  
 Cual de los Niebelungos el tesoro  
 Que del Rhin enterrado está en el lecho.

El libre Rhin, el Bruto de los ríos,  
 Que nadie ha de robarnos en su anhelo,  
 Los holandeses graves lo sostienen  
 Por las plantas sujeto,  
 Y los suizos pacíficos lo guardan  
 Por la altiva cabeza prisionero.

Dios también una flota nos regala;  
 De una armada alemana, ya hablaremos;  
 Y la sobra de vida de la patria  
 Ya sobre barcos nuestros  
 Se extenderá gallarda y altanera,  
 De corrección las casas suprimiendo.

Llegó la primavera; la flor brota,  
 Los gérmenes estallan ante el viento;  
 Respiremos pacíficos y libres,  
 De la naturaleza libre en medio;  
 Y como nuestros libros se prohíben  
 Antes de estar impresos,  
 Seguramente dejará bien pronto  
 La censura cruel de ser un hecho.—

¡ESTAD TRANQUILOS!

De Bruto con el sueño dormimos confiados;  
 Mas despertó, y á César hirió con su puñal;  
 Que los romanos eran malsines desalmados,  
 Insignes tiranófagos sin ley y sin piedad.

No vive entre nosotros romano peligroso;  
 Fumamos buen tabaco; tocó á cada nación  
 Una grandeza; Suavia, es el país dichoso  
 Que la mejor morcilla á fabricar llegó.

Nosotros somos probos, germanos que dormimos  
 Con sueño sano y dulce, con sueño sin doblez;  
 Al despertar es cierto que á veces sed sentimos,  
 Mas nunca de la sangre de nuestros reyes es.

Como la vieja encina, como el añoso tilo,  
 Nosotros somos fieles y fieros á la par:  
 Del tilo y las encinas en el país tranquilo,  
 Seguramente un Bruto no nacerá jamás.

Y si es que por acaso un Bruto aquí naciera,  
En vano, en vano un César buscar pudiera aquí;  
En cambio tenemos, en vez de su alma fiera,  
Pasteles con especias, que no hay más que pedir.

Reyes y reyezuelos, que altivos se presentan  
(No es una cifra enorme), tenemos treinta y seis.  
Estrellas protectoras sobre su pecho ostentan:  
De marzo por los Idus no tienen que temer.

Y padres les decimos, y patria apellidamos  
A este país honrado, que como herencia real  
Fué á nuestros reales padres: también idolatramos  
Las berzas con salchichas, magnífico manjar.

Cuando á los tales padres hallamos distraídos,  
Nuestros sombreros ruedan ante sus reales pies:  
No es la Alemania inmunda caverna de bandidos;  
Romanos tiranófagos jamás podremos ser.

Cebamos nuestros reyes, mas no los devoramos:  
No es nuestra ley pagana, cristiano es nuestro afán:  
Nuestro sabroso pato por San Martín matamos,  
Y lleno de castañas á nuestro vientre va.

### EL TAMBOR MAYOR.

¡Qué cambio! miradle, es el cansado,  
Viejo tambor mayor:  
Allá cuando el imperio florecía,  
Rozagante y feliz se contempló.

Erguido, y en los labios la sonrisa,  
Orgullosa movía su bastón;  
Los galones de plata de su traje  
Brillaban deslumbrantes ante el sol.

Cuando entraba en aldeas y en ciudades,  
Entre alegres redobles de tambor,  
De niñas y mujeres se agitaba,  
Cual eco del redoble, el corazón.

Llegar, ver y vencer fué su destino,  
Cual el del nuevo César, su señor;  
Y el llanto de las rubias alemanas  
Su rizado bigote humedeció.

Preciso era sufrirlo; en cada tierra  
Que la planta del César dominó,  
Los hombres el Monarca sojuzgaba,  
Las mujeres hermosas el tambor.

Pacientes, cual encinas alemanas,  
Mucho tiempo sufrimos tal baldón;  
Licencia al fin para librar la patria  
Nos dió nuestro legítimo señor.

Cual del circo en la arena el bravo toro,  
Erguimos nuestros cuernos con furor,  
Y los cantos de Koerner entonando,  
Del francés sacudimos la opresión.

¡Canto terrible! sí; de horrible modo  
En los oídos del francés sonó;  
Y de espanto el espíritu invadido  
Huyeron el monarca y el tambor.

El precio, al fin, un día hallaron ambos  
De su vida satánica y feroz,  
Y en manos del inglés, vencido y triste,  
Prisionero cayó Napoleón.

De Santa Elena en el peñón desierto,  
Sufrió martirio, y penas y dolor;  
Tras sufrimientos largos é indecibles,  
De un cáncer del estómago espiró.

Destituído, y sin amparo y viejo,

La misma fué la suerte del tambor;  
Por no morir de hambre, el desdichado  
En nuestro hotel como criado entró.

Él la sartén caliente, el piso lava;  
Y conduciendo el agua, en su dolor  
Sube con frente gris y vacilante  
La escalera, escalón tras escalón.

Cuando mi buen amigo Federico  
A visitarme va, su buen humor  
No se priva del goce de reirse,  
A costa del rendido gigantón.

¡Oh, déjate de bromas, Federico!  
No es digna de un germano la misión  
De abrumar con sonrisas los caídos,  
Con mofas y con burlas el dolor.

Tratar debes, amigo, tales gentes  
Con más respeto y más circunspección.  
¡Por parte de tu madre, padre tuyo  
Acaso sea el mísero tambor!

## EL EMPERADOR DE LA CHINA.

Mi padre fué un zoquete, templado y receloso;  
Mas yo el champagne apuro, y sé un monarca ser.  
¡Oh mágica bebida! yo descubrí gozoso,  
Que cuando alegre libo el néctar espumoso,  
La China se embriaga de gloria y de placer.

Cual tulipán precioso de púrpura manchado,  
Mi imperio, flor de Oriente, se extiende aquí y allá.  
A ser yo casi un hombre ¡oh cielos! he llegado,  
Y hasta mi esposa misma, mi esposa, en cinta está.

Y por doquier la dicha y la abundancia crece:  
Se curan los enfermos, mitígase el dolor;  
Y hasta Confucio, el sabio de corte, me parece  
Que filosofa ahora con claridad mayor.

El negro pan del pueblo trocése en pastaflora;  
El pobre sus harapos por sedas cambió,  
Y el mandarín, el sabio, legión abrumadora

De monos jubilados, recobran en buen hora  
La varonil firmeza que de su cuerpo huyó.

Chinesca maravilla que desafía al cielo,  
Ví de Pekín la iglesia severa terminar;  
Los últimos judíos la buscan con anhelo,  
Bautismo allí reciben, y por premiar su celo  
Les voy del dragón negro la cuarta cruz á dar.

La revolucionaria idea se ha apagado,  
Y—«Oh, no, ya no queremos tener constitución,—  
Hasta el *nantschou* más noble exclama entusiasmado,  
—Es al *Kantschou*, al *schlago* al que ama la nación.»

Me dicen los doctores: «no bebas,» mas yo bebo,  
Y sorbo y sorbo apuro, cumpliendo mi deber;  
Se trata de mis pueblos, á su salud me debo,  
Y debo por su dicha beber y más beber.

Y un vaso, venga un vaso, un vaso todavía;  
Yo mi salud á China daré con loco afán;  
Mis chinos más felices se juzgan cada día,  
Y bailan, mientras cantan, riendo de alegría:  
«Heil dir in Siegerkranz, Retter des Vaterlands.»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Ceñid la corona de vencedor, salvador de la patria.

## INSOMNIO.

Cuando de noche pienso en Alemania,  
No desciende á mis párpados el sueño;  
Mis ojos no se cierran, mas los mojan  
Mis lágrimas de fuego.

El tiempo va pasando; ya doce años  
Desde que vi á mi madre trascurrieron;  
Con la ausencia se acrecen cada día  
Mi pena y mis deseos.

Aumentan mis deseos y mis penas;  
De extraño hechizo preso,  
A todas horas en mi mente viene  
La viejecita, que conserve el cielo.

La pobre vieja me idolatra tanto,  
Que hasta en sus cartas veo  
Cómo su mano tiembla, y cuál se agita  
Su corazón de madre allá en su pecho.

No se escapa mi madre de mi mente;  
Doce años trascurrieron,  
Doce años de dolor huyeron tardos,  
Después que la estreché contra mi pecho.

Será eterna Alemania,  
Es país de robusto y sano cuerpo:  
Con sus fuertes encinas, con sus tilos,  
Siempre podré encontrar su amado suelo.

Si allí mi pobre madre no viviera,  
No suspirara por volver mi pecho.  
No morirá Alemania, mas mi madre  
Puede volar al cielo.

¡Cuántos, después que abandoné mi patria,  
Besó la muerte con su helado beso!  
¡Sangre derrama triste  
Mi pobre corazón cuando los cuento!

Y es preciso contarlos; con el número  
Aumenta mi dolor, y que los muertos,  
Fríos y tristes ruedan,  
Creo ¡gran Dios! sobre mi herido pecho.

¡Dios de bondad! por mi balcón penetra  
Del sol de Francia el resplandor sereno;  
Mi esposa llega, y su sonrisa aleja  
Mis patrios melancólicos recuerdos.

FIN.